

EDITO

Para toda institución el mito original es esencial, no sólo establece quiénes son sus padres virtuosos, también inaugura una dicotomía: bien contra mal, a la vez que establece un destino metahistórico: el progreso. El punto es que la “historiografía” oficial elabora ese mito y lo transmite por medio de la “educación” cívica a la población, no en vano, ya que en la transmisión de tal mito fundador las instituciones se lo apropian para justificar su existencia, su razón de ser y, ante todo, su “autoridad”. El sentido que estructura el mito fundador de la “historia de bronce” no podía ser más equívoco, pues impreca una interpretación más lúcida, a la vez que vital, con su dicotomía de virtudes y vicios dejando fuera de cuadro elementos más humanos (ánimos e intelectuales), circunstanciales y culturales del pasado.

Claro está, la Revolución mexicana no escapa de este juego lógico-retórico del poder nacional e institucional, es decir, cae en la efeméride sin siquiera ser cuestionada como una categoría de análisis válida; es más, ni siquiera hay una crítica más allá de las agendas políticas. Aquí es como una obra de teatro o de literatura pobre: los personajes que se nos presentan engloban todo lo bueno que las virtudes adjudican a un hombre; o bien, le hacen todo un bastión de vicios y maldades, en otras palabras: personajes planos, carentes de vida, que se quedan impotentes a la hora que se les aplica un estudio puntual con hipótesis y metodología. No conforme con lo anterior, la historia de bronce es evocada año con año en la puntualidad litúrgica y se dice que esos personajes planos tenían un proyecto de nación que ahora ellos representan (los hombres de las instituciones actuales). La historiografía de los héroes y villanos institucionales busca hacer dioses a simples hombres y enaltecer nombres y fechas sin un contenido en pos de un patriotismo poco fundamentado.

Nuestro espíritu crítico nos impide seguir con esa historia, por lo cual buscamos y apelamos las versiones más humanas, no sólo de los grandes hombres, sino de los otros humanos sin tanto protagonismo que junto con los primeros les tocó vivir de manera accidental dentro de ese encaje de sentidos que los historiadores han llamado como categoría: Revolución mexicana. Esto con la simple intención de tener una visión más entrañable y humana que nos ayude a cuestionar el caduco patriotismo que ofrecen los dirigentes nacionales.

DRIAL

Siendo coherentes, en este número de *Horizonte Histórico* dedicamos el *dosier* a la Revolución mexicana en sus diferentes facetas, mismas que le dieron sentido como un levantamiento armado, no sólo en pos de justicia social, sino como un movimiento que permitió la ascensión de ciertos sectores de la población que ya se encontraban en una situación envidiable. Para ello contamos con la participación de Alfredo López Ferreira que nos presenta el trabajo titulado “Revolucionarios y elite en Aguascalientes. La cuestión de los bienes intervenidos, 1914-1916”, donde trata de establecer las relaciones económicas que existían entre los revolucionarios y las propiedades “expropiadas” para financiar las distintas facciones. Por su parte, Christopher Luévano hace lo propio con su escrito “Los ideales agrarios del caudillo del sur”, una visión más que entrañable del mítico personaje de la revolución del sur, Emiliano Zapata. Juan Humberto Moreno aborda a esos “otros” que casi nunca tienen voz por lo fatal y trágico de su vida y causa, para ello nos hace cómplices, aunque sea en la imaginación, con su texto “Las rebeliones de los yaquis durante el Porfiriato”. La literatura, al igual que la historiografía, son un eco de la realidad, ambas nos llevan al mundo de ficción/realidad, siempre y cuando la narración sea magistral; Cristina Muñiz hace un análisis de la novela *Los de abajo* de Mariano Azuela a fin de invitarnos a vivir esa experiencia que evocan las palabras en la imaginación. La obra *Zapata en el ojo del huracán*, de Aurelio Ramírez Ruiz, es reseñada por Luciano Ramírez, en ella invita al lector a descubrir por qué Zapata entró en la tormenta de lo histórico.

Este número también cuenta con las apreciables y valiosas aportaciones de otros compañeros que se han echado al hombro la tarea de trabajar en el campo de la historia y ver qué interpretación puede hacer de ello. Sólo me resta añadir y hacer de su conocimiento nuestro deseo e invitación para que cada quien saque sus conclusiones antes que hacer imposiciones. En *Horizonte Histórico* apelamos al espíritu crítico de nuestros posibles lectores; y, que sea dicho de paso, nuestra pretensión es fomentar la participación y el diálogo que bajen al historiador de su torre de marfil, no puede ser de otro modo, pues tanto los sujetos de estudio (que también son objetos, gran paradoja del historiador) como los historiadores son “humanos, demasiado humanos”.

El Director